

Los órdenes liberales del siglo americano

JOSÉ LUIS OROZCO

«Somos la primera nación universal», proclama Ben J. Wattenberg en 1991. «“Primera” en el sentido de la principal, “primera” en el sentido de la Número Uno. Y “universal» dentro de nuestras fronteras y globalmente». La nación vencedora de la Guerra Fría, poseedora de la razón y libradora de «la lucha ideológica más titánica de la historia de este planeta» queda como «la más económicamente independiente», como «la potencia militar más poderosa» y «la nación culturalmente más potente en la historia del mundo». El triunfalismo de Wattenberg, desde luego, no era del todo inusitado. Ya Allan Bloom, maestro de Francis Fukuyama, veía años antes la responsabilidad que recaía sobre los Estados Unidos «por la suerte de la libertad» y, entreverada con ella, «la suerte de la filosofía en el mundo». Ante sus críticos y malos lectores, el propio discípulo Fukuyama aclarará más recientemente que el «fin de la historia» y la victoria final del liberalismo no significan sino «que no habrá más progreso en el desarrollo de los principios y las instituciones fundamentales *porque todas las cuestiones realmente importantes han sido resueltas*».¹

Al lado opuesto del espectro, Immanuel Wallerstein anuncia también en 1991 que el desplome del socialismo en la Unión Soviética y sus satélites acarrea igualmente el del liberalismo y el conservadurismo, aspectos los tres de la misma *geocultura* de la economía mundial capitalista dominante

¹ Ver, Wattenberg, Ben J., *The First Universal Nation. Leading Indicators and Ideas about the Surge of America in the 1990s*, The Free Press, A Division of Macmillan, Inc., New York, Toronto, Oxford, Singapore y Sydney, 1991, y Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, The Free Press, A Division of Macmillan, Inc., New York, Toronto, Oxford, Singapore y Sidney, 1992.

entre 1848 y 1968 bajo el rubro genérico de liberalismo. Visión nada ajena a las modas *finistas* (*endist*), la del fin del liberalismo de Wallerstein habla del colapso de una «única ideología» bajo tres versiones civilistas y antiestatistas que terminan incrementando el poder del Estado en el nombre del Orden Social, el Orden Instrumental y el Orden Revolucionario. Hallazgo éste de lo que algunos llaman Modernidad y Wallerstein llama Liberalismo: procedentes de «la misma herencia ilustrada», las «tres tonalidades» se expresan en «miríadas de posiciones filosóficas específicas» y en dos combinaciones prácticas, la del liberalismo conservador enfrentado al liberalismo socialista y, ya en «la gran antinomia del siglo xx» y a partir de 1917, la de la «escatología Wilsoniana *contra* la escatología Leninista». Piezas de un sólo engranaje, no hay triunfo alguno de la *Pax Americana* al romperse en 1989 el eslabón socialista de la Guerra Fría. «¡La Guerra Fría fue la *Pax Americana*!», prorrumpie Wallerstein. «La Guerra Fría ha acabado; por lo tanto, la *Pax Americana* ha terminado ahora».²

A mi juicio, los dos tipos de discurso representan los polos entre los cuales se desenvuelve actualmente el pensamiento político occidental, los de la *globalización* y la *postmodernidad*. Al trabar el liberalismo y el Americanismo en la filosofía, si no la magia, del mercado, aquél abarca desde las concepciones que reclaman la relativización y el plegamiento de las formas políticas a los nuevos continentes de la economía globalizada hasta los tratados de fe a la Fukuyama o Wattenberg que traducen el viejo milenarismo norteamericano. Que todos ellos giren alrededor del liberalismo no obedece a un mero homenaje nostálgico a las palabras sagradas. Obedece a que el liberalismo que parte del posesivismo de Thomas Hobbes y John Locke y se articula en la Ilustración escocesa y la guerra de independencia de los Estados Unidos logra crear la *realkultur* capitalista que incorpora sin discontinuidades ni disonancias las grandes experiencias expansionistas y corporatistas anglosajonas. En esa *realkultur*, el utilitarismo, el darwinismo, el pragmatismo o la «mano visible» de la *scientific management* no solamente «desconstruyen» los elementos jacobinos e igualitarios de «la otra Ilustración», la europea continental, sino la insertan en sus propias coordenadas para viabilizar lo que hoy parece ser el único y concluyente discurso universal.

Ante aquel universalismo, el postmodernismo expresa el desencanto y autobaldamiento de una razón avergonzada de sus proclividades totalitarias y utópicas. Precedida y acosada por el fragmentarismo y el pluralismo del primer pragmatismo, la «condición postmoderna» opta por la privatización de la filosofía y rehuye el ejercicio de la filosofía pública. Al orden

² Ver la Introducción, «The lessons of the 1980s», a Wallerstein, Immanuel, *Geopolitics and geoculture. Essays on the changing world-system*, Cambridge University Press, Cambridge, New York, Port Chester, Melbourne y Sydney, y Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, París, 1991.

liberal mundial no opone otra cosa que el desorden intelectual contenido de que la caída de uno de los liberalismos provoque la caída de todos los demás; por ello, al fracaso del burocratismo, la escolástica y el «subimperialismo» soviéticos no propone otra cosa que el trazo de alternativas nuevas e imaginativas que trasciendan el fracaso ideológico general del «Comunismo» y el «Americanismo». ¿Tentación generacional?: con Wallerstein, la postmodernidad se piensa inmersa en una situación inédita donde se suspende «la acumulación menor y constante de ciclos y tendencias». «1989 es probablemente una puerta cerrada al pasado», escribe aquél. «Hemos quizás llegado ahora al verdadero reino de la incertidumbre». Destinado, como todos los sistemas históricos, a perecer, el «capitalismo histórico» se marcha, como se marchan ya Lenin y Wilson («*Exit Lenin. Exit Wilson*»).

No comparto ni la noción postmoderna de las puertas cerradas de la historia ni las certidumbres liberales sobre las nuevas y nuevas puertas abiertas a la empresariedad capitalista. Documentar los diagnósticos declinistas, ascensionistas o nihilistas requiere visualizar las constelaciones que, a lo largo del siglo, ha asumido el liberalismo en su contexto económico y geopolítico definitivamente norteamericano. Y es que suponer un liberalismo central, común, soslaya los ensanchamientos históricos y nacionales de la brecha intelectual abierta desde 1789 entre la Revolución Francesa y la Constitución de los Estados Unidos. Cuando en 1917 toma Woodrow Wilson la bandera del liberalismo internacional se adhiere ciertamente al núcleo de la *realekonomik* librecambista británica. Acreedora mundial y en plena expansión de sus inversiones, la nación norteamericana concluye empero bajo Wilson un reciclaje reformista al interior y, también sobre el eje del capitalismo corporativo ya consolidado, un viraje al exterior que conjunta las viejas experiencias del Monroísmo y el Destino Manifiesto con las nuevas experiencias del Panamericanismo, la doctrina de la Puerta Abierta asiática y la Diplomacia del Dólar, compactadas todas por el «interludio imperialista» que se da entre 1898 y 1908.

Los Catorce Puntos que Wilson enuncia el 8 de enero de 1918 proyectan, avalados por los nacientes *think tanks*, el diseño de una «paz científica» que deja atrás las arcaicas nociones del «equilibrio del poder» o la soberanía hermética en el nombre de la economía global y la interdependencia que reclaman las formas políticas nacionales y mundiales que mejor respondan a la producción y el intercambio. Para postular aquélla, los Estados Unidos cuentan ya con el primer auge de la producción en masa y la intensificación del trabajo que se asocia al taylorismo y con la *management* social que aporta el instrumentalismo de John Dewey. Lejos del pragmatismo original, el pragmatismo cooperativo de Dewey vierte la corporativización de la sociedad norteamericana en un realismo internacional que, presuponiendo al liberalismo y la democracia como fines, se apresta al uso de los medios autocráticos y estatistas dictados por la guerra. En el contexto corporativo, el pragmatismo no será la filosofía espontánea y desen-

fadada que tantos suponen; disciplinado por la razón administrativa y estratégica, calibra la racionalidad y la irracionalidad en función de la eficiencia y la operatividad.

Más que las reacciones e impugnaciones al interior y al exterior, la crisis de 1929 será el límite objetivo del primer orden liberal mundial formulado por los Catorce Puntos y la Liga de las Naciones. Vistos aquéllos por el Gramsci de 1918 como el diseño del *grande Stato borghese super-nazionale* y considerada ésta por el Trotsky de 1920 como «una corporación monopolista mundial, la “Yanqui and Co.”», la crisis evidencia las apetencias y las insuficiencias de la concentración privada de las decisiones públicas. Las ilusiones de supra y postpoliticidad cuya modernidad y naturalidad escarnecía Carl Schmitt entre 1922 y 1932 conducirán al poco tiempo a la exaltación desnuda del Estado allí donde las contradicciones no admiten posposición y al Liberalismo de Estado donde pueden remitirse a la lógica y la tradición reformista y donde su aplicación se viabiliza nuevamente por la inminencia de la guerra y los márgenes de optatividad para insertarse en ella. «La oportunidad completa del liderazgo es nuestra», reza el célebre editorial de Henry Luce en *Life* el 17 de febrero de 1941. Con la noción del «Siglo Americano» no se apuntala únicamente el segundo orden liberal mundial en el antiguo recetario del Destino Manifiesto, la Justicia Anglosajona o la Carga del Hombre Blanco; dueño, según James Cannon, de «toda una caballeriza llena de ex-trotskyistas en sus establos editoriales», Luce articula los nuevos proyectos del capitalismo financiero y militar norteamericano en la *Grand Strategy* de la guerra que sigue a la guerra.

Sin ilusiones, las líneas directrices del «Siglo Americano» apuntan a la internacionalización de la *free enterprise* «en nuestra propia ventaja» y del *free economic system* para asegurar consonancias y dependencias y rebasar las estrecheces paternalistas y nacionalistas del *New Deal*. No hay entonces un simple recurso a la imaginación en «la visión de América como el líder dinámico del comercio mundial»; tampoco lo hay al proclamar que «(hoy) se vuelve nuestro tiempo de ser la central eléctrica desde la cual se propagan los ideales a lo largo del mundo». Y es que el idealismo y el mercantilismo de Luce saben, como se sabrá hasta nuestros días, que la armazón de los conceptos y los compromisos es relativizable, ajustable a una «nueva era» que altera las adhesiones y las apuestas democráticas. «A todas luces», advierte Luce, «una época revolucionaria significa grandes cambios, grandes ajustes. Y ésta es sólo una razón por la cual resulta tan absurdo que la gente se preocupe acerca de nuestra “democracia constitucional” sin preocuparse o, mejor, sin pensar con dureza acerca de la revolución mundial. Porque solamente en lo que estemos dispuestos a afrontar y resolver en nuestro tiempo los problemas de la revolución mundial sabremos cómo restablecer nuestra democracia constitucional por otros cincuenta o cien años».

Al tono del ex-trotskyista James Burnham, excediéndolo a veces, Luce anticipa y tipifica como *Tiranías* a los enemigos del «Siglo Americano» que aguardan ya su turno en la postguerra y contra los cuales se prevé una lucha prolongada. «Las Tiranías pueden requerir una gran cantidad de espacio viviente», consigna Luce. «Pero la Libertad requiere y requerirá un espacio viviente mucho más extenso que la Tiranía. La paz no puede perdurar a menos que prevalezca sobre una parte muy grande del mundo». Convocatoria al más abierto, y más natural y liberal, de los militarismos, el consubstancial a la expansión de los *ideales*; y dibujo a la vez del mundo bipolar schmittiano de los amigos a los que se ayudará técnica y militarmente y los enemigos y los gobiernos hostiles ante los cuales no cabe sino «una actitud muy dura». Con ecos remontables a Alfred Thayer Mahan y, particularmente, a Albert Beveridge, la posición de Luce no ofrece dudas: «(Debemos) aceptar de todo corazón nuestro deber y nuestra oportunidad como la nación más poderosa y vital en el mundo y ejercer en consecuencia sobre el mundo el pleno impacto de nuestra influencia para aquellos propósitos que juzgemos convenientes y mediante aquellos medios que juzgemos apropiados».

¿Desaparecen, se modifican o se realizan hoy las condiciones del Siglo Americano? Asomarse a las diferencias entre el discurso de Luce y los discursos contemporáneos de Fukuyama o Wattenberg ilustra modificaciones más que evanescencias o culminaciones. Los elementos objetivos de la constelación hegemónica norteamericana se han transfigurado ciertamente. Cerca del símil wallersteiniano de la Guerra Fría como la *Pax Americana*, la propuesta de Luce de la guerra permanente para preservar la paz empresarial envolvió el imperativo estatista y realista que corrigió (y se desgastó haciéndolo) las deficiencias de fuerza y consenso del primer orden liberal. Intelectualmente, podría pensarse que el lapso de más de medio siglo ha depurado la crudeza de las tesis de Luce sobre la democracia, la empresarialidad y la guerra, y lo documentarían los grandes dispositivos poliárquicos o la modelística participativa de la ciencia política o la «deconstrucción» del radicalismo y el totalitarismo emprendida por el liberalismo conservador de J.L. Talmon, Hannah Arendt, Karl Popper, Isaiah Berlín o Leo Strauss. Pero paralelamente no podrían ignorarse las fórmulas monistas de la Seguridad Nacional total que, en última instancia, imprimen alcance y sentido estratégico a la misma «reconstrucción» del liberalismo a partir del Congreso por la Libertad Cultural patrocinado en 1950 por la CIA y que con Sidney Hook fija los lineamientos del ulterior neopragmatismo.

¿Envejece o descarta la elección presidencial de William Clinton el Siglo Americano? Desde luego, representa un mentís a la visión personalizada sobre la continuidad de ese Siglo. «Hace décadas», informaba Wattenberg, «Henry Luce escribió que el siglo xx debía ser el Siglo Americano. La tarea de George Bush es la de dirigirnos a otro siglo, seguramente di-

ferente, pero a pesar de ello inspirado por América». Que George Bush se vaya no quiere decir que desaparezca la capacidad proteica de los órdenes liberales del Siglo Americano. Tal vez sea lo contrario. Simplemente, y por caso, la propuesta de asimilar la seguridad económica a la Seguridad Nacional movería a pensar que se retoma (y se extrema) la mismísima voluntad del discurso de Henry Luce. No tardaremos en saberlo.